

Guy Debord

El planeta enfermo

Traducción de Luis Andrés Bredlow



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
La planète malade
© Éditions Gallimard
París, 2004

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés de Cultura-
Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: «Concepto espacial», Lucio Fontana, 1960,
© Fondazione Lucio Fontana - Milano

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2006
Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-6237-X
Depósito Legal: B. 10432-2006

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

NOTA INTRODUCTORIA

En este libro se han reunido tres textos independientes de Guy Debord, dos de los cuales se habían publicado en tirada aparte, mientras que el último fue redactado en 1971 para el número trece de la revista de la Internacional Situacionista, antes de su disolución.

A pesar de la aparente diversidad de los asuntos analizados —las revueltas de Watts (en La decadencia y caída de la economía espectacular-mercantil, de 1966), la descomposición de los poderes burocráticos y de su ideología (en El punto de explosión de la ideología en China, de agosto de 1967) y, en fin, el tema de la contaminación y de su representación (en El planeta enfermo, texto inédito de 1971)—, se trata del «espectáculo» en to-

das sus formas y de lo que engendra. Acompañados de la fecha de su redacción, estos tres textos dan testimonio no sólo de su pertinencia, sino también de su actualidad.

ALICE DEBORD

La decadencia y caída de la economía
espectacular-mercantil

Entre el 13 y el 16 de agosto de 1965, se levantó la población negra de Los Angeles. Un incidente en que se enfrentaron policías de tráfico y transeúntes desembocó en dos jornadas de revueltas espontáneas. Los crecientes refuerzos de las fuerzas del orden no lograron recobrar el control de la calle. Hacia el tercer día, los negros tomaron las armas, saqueando las armerías a su al- unice, de modo que pudieron disparar incluso contra los helicópteros de la policía. Varios miles de soldados y policías —la fuerza militar de una división de infantería, apoyada por tanques— tuvieron que entrar en combate para impedir que la revuelta desbordara los límites del barrio de Watts y luego reconquistarlo en numerosas bata-

llas callejeras que se prolongaron durante varios días. Los insurgentes procedieron al saqueo generalizado de las tiendas y les prendieron fuego. Según las cifras oficiales, se contaron treinta y dos muertos, de los que veintisiete eran negros, más de ochocientos heridos y tres mil encarcelados.

Las reacciones de todos lados fueron de aquella claridad que el acontecimiento revolucionario, por el hecho de ser él mismo una clarificación en actos de los problemas existentes, tiene siempre el privilegio de conferir a los diversos matices de pensamiento de sus adversarios. El jefe de la policía, William Parker, declinó todas las ofertas de mediación de las grandes organizaciones negras, afirmando con justeza que «esos amotinados no tienen jefes». Y ciertamente, como los negros no tenían jefes, fue éste el momento de la verdad para cada bando. ¿Qué esperaba, por cierto, en aquel mismo momento uno de esos jefes en paro, Roy Wilkins, el secretario general de la National Association for the Advancement of Colored People? Declaró que se debía «usar toda la fuerza necesaria para reprimir los motines». Y el cardenal de Los Angeles, McIntyre, que protestó en voz alta, no protestaba contra

la violencia de la represión, como podía creerse oportuno en estos tiempos de *aggiornamento* de la influencia romana; protestaba con la mayor urgencia ante «una revuelta premeditada contra los derechos del vecino, contra el respeto a la ley y el mantenimiento del orden», y llamó a los católicos a oponerse a los saqueos y a los «actos de violencia sin justificación aparente». Y todos aquellos que llegaban a ver las «justificaciones aparentes» de la rabia de los negros de Los Ángeles, aunque ciertamente no la justificación real, todos los pensadores y los «responsables» de la izquierda mundial y de su nulidad, deploraron la irresponsabilidad y el desorden, los saqueos y, sobre todo, el hecho de que lo primero que se saqueó fueron tiendas de *alcohol y de armas*, así como los dos mil focos de incendio contabilizados con los que los incendiarios de Watts iluminaron su batalla y su fiesta. Entonces, ¿quién ha salido en defensa de los insurgentes de Los Ángeles, en los términos que ellos merecen? Vamos a hacerlo nosotros. Dejemos que los economistas lloren sus veintisiete millones de dólares perdidos, los urbanistas uno de sus más bellos *supermarkets* disuelto en humo y McIntyre a su sheriff

abatido; dejemos que los sociólogos se quejen del absurdo y la ebriedad de la revuelta. El papel de una publicación revolucionaria es no sólo darles la razón a los insurgentes de Los Angeles, sino contribuir a *darles sus razones*, explicar teóricamente la verdad cuya búsqueda expresa esa acción práctica.

En el *Llamamiento* publicado en Argel en julio de 1965,¹ tras el golpe de Estado de Bumedian, los situacionistas, al exponer a los argelinos y a los revolucionarios del mundo las condiciones vigentes en Argelia y en el resto del mundo *como un todo*, señalaron, entre otros ejemplos, el movimiento de los negros norteamericanos, que, «si logra afirmarse con consecuencia», desvelará las contradicciones del capitalismo más avanzado. Cinco semanas después, esa consecuencia se manifestó en la calle. Ya existen tanto la crítica

1. Se trata del panfleto situacionista *Adresse aux révolutionnaires d'Algérie et de tous les pays*, distribuido clandestinamente en Argelia y luego publicado en *Internationale Situationniste*, n.º 10, marzo de 1966, pp. 43-49; trad. cast.: «Llamada a los revolucionarios de Argelia y de todos los países», en *Internacional Situacionista*, vol. 2, Literatura Gris, Madrid, 2000, pp. 410-414. (N.delT.)

teórica de la sociedad moderna, en lo que ésta tiene de más novedoso, como la crítica en actos de esa misma sociedad; todavía están separadas, pero también han avanzado hasta llegar a las mismas realidades, hablando de lo mismo. Esas dos críticas se explican la una a la otra, y cada una es inexplicable sin la otra. La teoría de la supervivencia y del espectáculo queda ilustrada y verificada por esos actos incomprensibles para la falsa conciencia americana, y ella a su vez ilustra un día esos actos.

Hasta ese momento, las manifestaciones de los negros a favor de los «derechos civiles» habían sido mantenidas por sus jefes dentro de una legalidad que toleraba los peores actos de violencia de las fuerzas de orden y de los racistas, como en marzo pasado en Alabama, durante la marcha sobre Montgomery; y, aun después de ese escándalo, un discreto acuerdo entre el gobierno federal, el gobernador Wallace y el pastor King había logrado que la marcha de Selma, el 10 de marzo, reculara a la primera intimación, con dignidad y rezando. El enfrentamiento que la multitud de los manifestantes esperaba en aquella ocasión no había sido más que el espectáculo del enfrenta-

miento posible. Al mismo tiempo, la no-violencia había llegado al ridículo límite de su coraje: exponerse a los golpes del enemigo y luego llevar la grandeza moral al punto de ahorrarle la necesidad de volver a usar su fuerza. Pero el dato fundamental es que el movimiento por los derechos civiles no planteaba más que problemas legales por medios legales. Es lógico apelar a la ley legalmente. Lo irracional es estar mendigando legalmente ante la ilegalidad flagrante, como si ésta fuese un absurdo que se deshace cuando se lo señala con el dedo. Es patente que la ilegalidad superficial y descaradamente visible que los negros siguen padeciendo en muchos estados americanos hunde sus raíces en una contradicción económico-social que no incumbe a las leyes vigentes y que tampoco ninguna ley *jurídica* futura podrá deshacer, en contra de las leyes más fundamentales de la sociedad en la que los negros americanos finalmente se atreven a reclamar que se los deje vivir. Los negros americanos en verdad quieren nada menos que la subversión total de esta sociedad. Y el problema de la subversión necesaria surge por sí solo desde el momento en que los negros recurren a medios subversivos; el

caso es que el paso a tales medios se les presenta en su vida cotidiana como lo más accidental y a la vez lo más objetivamente justificado. Eso ya no es la crisis de la condición de los negros en América; es la crisis de la condición de América, puesta sobre el tapete primeramente por los negros. No hubo en eso ningún conflicto *racial*: los negros no atacaron a los blancos que encontraron a su paso, sino solamente a los policías blancos, lo mismo que la comunidad negra no llegó a incluir a los tenderos negros, ni tan siquiera a los automovilistas negros. El propio Luther King tuvo que admitir que se habían rebasado los límites de su especialidad, al declarar en octubre en París que «éstas no eran revueltas raciales, sino de clase».

La revuelta de Los Angeles es una revuelta contra la mercancía, contra el mundo de la mercancía y del trabajador-consumidor *jerárquicamente* sometido a las medidas de la mercancía. Los negros de Los Angeles -igual que las bandas de jóvenes delincuentes de todos los países avanzados, pero de modo más radical, por estar a la altura de una clase que carece globalmente de porvenir, de una parte del proletariado que no puede

creer en ninguna oportunidad notable de promoción o de integración- *toman al pie de la letra* la propaganda del capitalismo moderno y su publicidad de la abundancia. Ellos quieren *enseguida* todos los objetos expuestos y disponibles en abstracto, porque los quieren *usar*. Por eso mismo recusan su valor de cambio, la *realidad mercantil* que es su molde, su motivación y su finalidad última, y que *lo ha seleccionado todo*. Mediante el robo y el regalo encuentran un uso que desmiente *enseguida* la racionalidad opresora de la mercancía, sacando a la luz lo arbitrario e innecesario de sus relaciones y de su misma fabricación. El saqueo del barrio de Watts mostró la realización más sumaria del principio bastardo «A cada uno según sus falsas necesidades», las necesidades determinadas y producidas por el sistema económico que el saqueo precisamente rechaza. Pero como esa abundancia se toma al pie de la letra y *se alcanza en lo inmediato*, en lugar de perseguirla indefinidamente en la carrera del trabajo alienado y del acrecentamiento de las necesidades sociales aplazadas, los verdaderos deseos están expresándose ya en la fiesta, en la afirmación lúdica

(continúa en la p. 21)



Crítica del urbanismo
(Supermercado de Los Ángeles, agosto de 1965)

«América se ha volcado inmediatamente sobre Esta nueva herida. Hace meses que sociólogos, políticos, psicólogos, economistas y expertos de toda clase vienen sondeando su profundidad (...). Esto no es propiamente un barrio, sino una llanura ancha y monótona hasta la desesperación (...), la "América de un solo piso", toda anchura; lo que de más desolado puede haber en un paisaje americano: las casas de techo plano, las tiendas que venden todas lo mismo, los vendedores de hamburguesas, las gasolineras, todo deteriorado por la pobreza y la mugre (...). La circulación de automóviles es menos densa que en otras partes, pero la de peatones tampoco lo es mucho más, dado lo disperso de las casas y las distancias desalentadoras

(...). Los blancos que pasan por aquí atraen todas las miradas; miradas cargadas, si no de odio, al menos de sarcasmo; a menudo se oye el comentario: "Ya nos sobran encuestadores y demás sociólogos que vienen a buscar explicaciones, en vez de conseguirnos trabajo." En cuanto a las viviendas, se podría sin duda mejorarlas materialmente, pero no se ve muy bien la manera de impedir que los blancos huyan en masa de un barrio donde empiezan a instalarse los negros. Estos siguen sintiéndose abandonados a su suerte, sobre todo en una ciudad desmesurada como Los Angeles, una ciudad que carece de centro, en la que no hay ni muchedumbre entre la que mezclarse, y donde los blancos no ven a sus semejantes más que a través del parabrisas del coche (...). Cuando algunos días después el pastor Martin Luther King habló en Watts, llamando a sus hermanos de color a "darse la mano", alguien gritó entre la muchedumbre: "¡Para quemar!" Un espectáculo alentador ofrecen, a cierta distancia de Watts, los barrios llamados de "clase media", donde los negros de la nueva burguesía cortan el césped delante de sus comodísimas residencias.»

MICHEL TATÚ
Le Monde, 3 de noviembre de 1965

y en el *potlatch* de la destrucción. El hombre que destruye las mercancías demuestra su superioridad humana frente a las mercancías. No permaneciera prisionero de las formas arbitrarias de las que se ha revestido la imagen de su necesidad. En las llamas de Watts se ha dado el paso del consumo a la *consumación*. Los grandes frigoríficos robados por personas que no tenían electricidad o a quienes se les había cortado el suministro es la mejor imagen de la mentira de la abundancia que se ha trocado en verdad *en juego*. La producción



Jugando con una caja registradora robada

mercantil, cuando se la deja de comprar, se torna criticable y modificable en todas las formas particulares que haya asumido. Sólo cuando se la paga con dinero, en cuanto signo de un rango dentro de la supervivencia, se la respeta como a un fetiche admirable.

La sociedad de la abundancia halla su respuesta *natural en* el saqueo; pero no era ésta de ninguna manera una abundancia natural y humana, sino una abundancia de mercancías. Y el saqueo, por el cual se desmorona inmediatamente la mercancía en cuanto tal, muestra también la *ultima ratio* de la mercancía: el ejército, la policía y demás cuerpos especializados que ostentan en el Estado el monopolio de la violencia armada. ¿Qué es un policía? Es el servidor activo de la mercancía; es el hombre totalmente sometido a la mercancía, por obra del cual este o aquel otro producto del trabajo humano sigue siendo una mercancía cuya mágica voluntad es que se la pague, y no simplemente un vulgar frigorífico o un fusil, una cosa ciega, pasiva e insensible, a merced de cualquiera que la use. Detrás de la indignidad de depender del policía, los negros rechazan la indignidad de depender de las mercancías. La ju-

ventud sin porvenir mercantil de Watts ha elegido otra *cualidad* del presente, y la verdad de ese presente fue irrecusable al punto de arrastrar consigo a toda la población, a las mujeres, los niños e incluso a los sociólogos que estaban presentes. Una joven socióloga negra de aquel barrio, Bobbi Hollon, declaró en octubre al *Herald Tribune*:

Antes a la gente le daba vergüenza decir que era de Watts; lo decían como entre dientes. Ahora lo dicen con orgullo. Unos chavales que iban siempre con la camisa abierta hasta la cintura, capaces de cargarse a navajazos a quien sea en medio segundo, se presentaban aquí cada mañana a las siete. Organizaban el reparto de comida. Claro, no hay que hacerse ilusiones, la habían robado (...). Todas esas chorradas cristianas se han utilizado contra los negros durante demasiado tiempo. Esa gente podría estar saqueando durante diez años, y no recuperaría ni la mitad del dinero que les han robado en las tiendas durante todos esos años... Yo no soy más que una chica negra.» Bobbi Hollon, que ha decidido no lavar nunca la sangre que le manchó las alpargatas durante la revuelta, dice que «ahora el mundo entero está mirando al barrio de Watts».

¿Cómo hacen los hombres la historia a partir de unas condiciones preestablecidas para disuadirlos de intervenir en ella? Los negros de Los Angeles están mejor pagados que los de ninguna otra parte de Estados Unidos, pero también están más *separados* aún que en otras partes de la riqueza máxima, que se ostenta precisamente en California. Hollywood, el polo del espectáculo mundial, está en su vecindad inmediata. Se les promete que, con paciencia, accederán a la prosperidad americana; pero ellos ven que esa prosperidad no es una esfera estable, sino una escalera sin fin. Cuanto más suben, tanto más se van alejando de la cúspide, porque están en condiciones desfavorables desde el punto de partida, porque están menos cualificados y, por tanto, tienen el mayor número de parados, y, en fin, porque la jerarquía que los aplasta no es tan sólo la del poder adquisitivo, cual hecho económico puro: la suya es una inferioridad esencial, que en todos los aspectos de la vida cotidiana les imponen las costumbres y los prejuicios de una sociedad en la que todo poder humano se ajusta al poder adquisitivo. Así como la riqueza humana de los negros norteamericanos suscita odio y se

la considera criminal, así tampoco la riqueza dineraria acaba de hacerlos aceptables dentro de la alienación americana: la riqueza individual no los convierte sino en ricos negros, porque los negros en su conjunto tienen que *representar la pobreza* de una sociedad de riqueza jerarquizada. Todos los observadores han escuchado ese grito que llamaba al reconocimiento universal del sentido de la rebelión: «¡Ésta es la revolución de los negros, y queremos que el mundo lo sepa!» *Freedom now* es la contraseña de todas las revoluciones de la historia; pero por primera vez no es la miseria sino, por el contrario, la abundancia material lo que se trata de dominar según nuevas leyes. Así que dominar la abundancia no es solamente modificar su reparto, sino *redefinir todas sus orientaciones* superficiales y profundas. Es el primer paso de una lucha inmensa, de un alcance infinito.

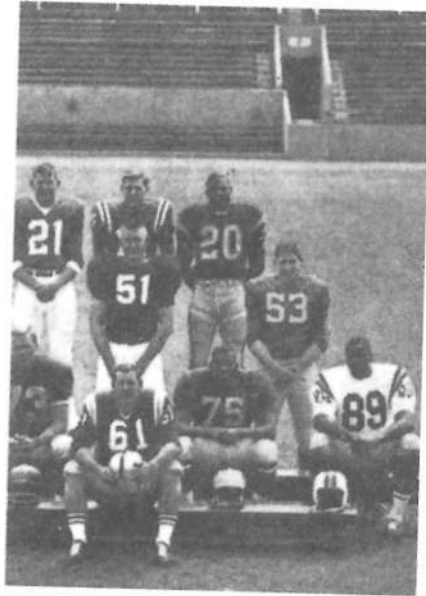
Los negros no están aislados en su lucha, porque en América está naciendo una *nueva conciencia proletaria* (la conciencia de no ser en nada dueños de la propia actividad y de la propia vida) entre las capas sociales que rechazan el capitalismo moderno y que en este punto se les

parecen. Justamente la primera fase de la lucha de los negros dio la señal para una protesta que se está extendiendo. En diciembre de 1964, los estudiantes de Berkeley, tras haber pagado la novatada de su participación en el movimiento por los derechos civiles, se lanzaron a una huelga que ponía en cuestión el funcionamiento de aquella «multiversidad» californiana y, con ello, a la entera organización de la sociedad norteamericana y el papel pasivo que ésta les reserva. Pronto se descubrieron entre la juventud estudiantil las orgías de alcohol y drogas y el relajamiento de la moral sexual que se les reprochaba a los negros. Esa generación de estudiantes inventó luego una primera forma de lucha contra el espectáculo dominante, el *teach in*, que el 20 de octubre se retomó en Gran Bretaña, en la Universidad de Edimburgo, a propósito de la crisis de Rodesia. Esa forma, evidentemente primitiva e impura, es el *momento de la discusión de los problemas* que se niega a limitarse (académicamente) en el tiempo, tratando de llegar al extremo; y este extremo es, naturalmente, la actividad práctica. En octubre, decenas de miles de manifestantes salieron a las calles de Nueva York

y de Berkeley, en protesta contra la guerra de Vietnam, haciendo suyo el grito de los rebeldes de Watts: «¡Que se vayan de nuestro barrio y de Vietnam!» Entre los blancos que se están radicalizando, se están traspasando los famosos límites de la legalidad: se imparten «cursos» para aprender a burlar las juntas de reclutamiento (*Le Monde*, 19 de octubre de 1965), y se queman cartillas militares ante las cámaras de la televisión. En la sociedad de la abundancia se está expresando el asco que inspiran esa abundancia y *el precio que se paga por ella*. El espectáculo queda manchado por la actividad autónoma de una capa social avanzada que niega sus valores. El proletariado clásico, hasta donde se había logrado integrar provisionalmente en el sistema capitalista, no había integrado en su seno a los negros (varios sindicatos de Los Angeles los excluían hasta 1959); y ahora los negros son el polo de unificación de cuantos rechazan la lógica de esa integración al capitalismo, el *nec plus ultra* de toda integración prometida. El bienestar nunca estará lo bastante bien para dejar satisfechos a quienes buscan lo que no está en el mercado, lo que el mercado precisamente elimi-

na. El nivel que ha alcanzado la tecnología de los más privilegiados se convierte en un agravio, más fácil de expresar que el agravio esencial de la reificación. La de Los Angeles es la primera revuelta de la historia que pudo justificarse a menudo alegando la falta de aire acondicionado durante una ola de calor.

En América, los negros tienen su propio espectáculo, su prensa, sus revistas y sus estrellas



Integración, ¿en qué?

de color, y ellos lo reconocen como tal y se niegan a tragarlo, por mentiroso, porque es una expresión de su indignidad, porque lo ven *minoritario*, mero apéndice de un espectáculo general. Se percatan de que ese espectáculo de su consumo deseable es una colonia del espectáculo de los blancos y, por tanto, se dan cuenta más rápidamente de la mentira del entero espectáculo económico-cultural. Al querer participar efectivamente y sin demora en la abundancia, que es el valor oficial de todo norteamericano, reclaman la *realización* igualitaria del espectáculo de la vida cotidiana en América, la puesta a prueba de los valores mitad celestiales, mitad terrenales de ese espectáculo. Pero en la esencia del espectáculo está el no ser realizable ni inmediata ni igualitariamente, *ni tan siquiera para los blancos* (los negros sirven justamente de perfecto aval espectacular de esa estimulante desigualdad en la carrera por la abundancia). Cuando los negros exigen que se tome el espectáculo capitalista al pie de la letra, están rechazando ya el espectáculo mismo. El espectáculo es una droga para esclavos. No quiere que se le tome al pie de la letra, sino que se le siga con un mínimo retraso

(cuando deja de haber tal retraso, sale a la luz el engaño). De hecho, en Estados Unidos los blancos son hoy en día los esclavos de la mercancía y los negros sus negadores. Los negros quieren *más que los blancos*: he aquí el meollo de un problema irresoluble, o que se puede resolver únicamente mediante la disolución de esta sociedad blanca. Por lo tanto, los blancos que quieren salir de su propia esclavitud deben primero sumarse a la revuelta negra, no como afirmación del color, evidentemente, sino como rechazo universal de la mercancía y, en fin, del Estado. La distancia económica y psicológica que separa a los negros de los blancos les permite ver lo que es el consumidor blanco, y el justo desprecio que ellos sienten hacia los blancos se convierte en desprecio de todo consumidor pasivo. Aquellos blancos que también rechazan ese papel no tienen otra salida que unir su lucha cada vez más a la de los negros, encontrándole ellos mismos sus razones coherentes y sosteniéndolas hasta el final. En caso de deshacerse esa confluencia ante la radicalización de la lucha, se desarrollaría un nacionalismo negro que condenaría a los dos lados a una confrontación al más viejo estilo

de la sociedad dominante. Una serie de exterminios recíprocos es el otro término de la alternativa actual, cuando la resignación ya no puede durar más.

Los ensayos de un nacionalismo negro, separatista o pro africano, son sueños incapaces de ofrecer una respuesta a la opresión real. Los negros americanos no tienen patria. En América están *en su casa y alienados*, igual que los demás americanos, pero ellos lo saben. Por tanto, no son el sector atrasado de la sociedad americana, sino el sector más avanzado. Son lo negativo en acción, «el lado malo que produce el movimiento que hace la historia, constituyendo la lucha» (*Miseria de la filosofía*). Para eso no hay África que valga.

Los negros americanos son producto de la industria moderna, con igual derecho que la electrónica, la publicidad o el ciclotrón, y cargan con las contradicciones que le son propias. Ellos son los hombres a los que el paraíso espectacular debe a la vez integrar y excluir, de manera que el antagonismo entre el espectáculo y la actividad de los hombres se vuelve, en lo que a ellos concierne, de todo punto manifiesto. El espectáculo es

universal como la mercancía; pero como el mundo de la mercancía se funda sobre una oposición de clases, la mercancía misma es jerárquica. Esa obligación de la mercancía -y, por ende, del espectáculo que *informa* el mundo de la mercancía- de ser a la vez universal y jerárquica conduce a la jerarquización universal. Pero como esa jerarquización debe permanecer *inconfesa*, se traduce en valoraciones jerárquicas inconfesables por *irracionales*, en un mundo de la *racionalización sin razón*. Es esa jerarquización la que crea en todas partes los *racismos*: la Inglaterra laborista llega a restringir la inmigración de personas de color; los países industrialmente avanzados de Europa vuelven al racismo importando su subproletariado de la región mediterránea y explotando a sus colonizados en el interior. Y Rusia no deja de ser antisemita porque no ha dejado de ser una sociedad jerárquica, en la que el trabajo se tiene que vender como mercancía. Junto a la mercancía, la jerarquía se recompone siempre bajo formas nuevas y se expande, ya sea entre el dirigente del movimiento obrero y los trabajadores o entre los propietarios de dos modelos de automóviles artificialmente diferenciados. Es la

tara original de la racionalidad mercantil, la enfermedad de la razón burguesa, que es enfermedad hereditaria en la burocracia. Pero la indignante absurdidad de ciertas jerarquías, así como el hecho de que toda la fuerza del mundo de la mercancía salga de modo ciego y automático en su defensa, permite ver lo absurdo de toda jerarquía desde el momento en que se inicia la práctica negativa.

El mundo racional producido por la revolución industrial ha liberado racionalmente a los individuos de sus límites locales y los ha unido a nivel mundial; pero su sinrazón está en volverlos a separar conforme a una lógica oculta que se expresa en ideas demenciales y valoraciones absurdas. El extranjero rodea por todos lados al hombre que se ha convertido en un extranjero en su mundo. Los bárbaros ya no están en los confines de la tierra: están aquí, constituidos como *bárbaros* precisamente por su participación forzada en el mismo consumo jerarquizado. El humanismo que encubre eso es lo contrario del hombre, la negación de su actividad y de su deseo; es el humanismo de la mercancía, la benevolencia de la mercancía hacia el hombre

del que es parásita. Para quienes reducen a los hombres a objetos, los objetos parecen poseer todas las cualidades humanas y las manifestaciones humanas reales se truecan en inconsciencia *animal*. «Se portaron como una horda de monos en el zoológico», puede decir William Parker, jefe del humanismo de Los Angeles.

Cuando las autoridades de California proclamaron el «estado de insurrección», las compañías de seguros recordaron que ellas no cubren riesgos de ese nivel: es decir, más allá de la supervivencia. Los negros americanos en general no están amenazados en su supervivencia —por lo menos mientras sigan callados—, y el capitalismo ya está lo bastante concentrado y entrelazado con el Estado para repartir «ayudas» a los más pobres. Pero los negros, por el solo hecho de estar *rezagados* respecto al acrecentamiento de la supervivencia socialmente organizada, están poniendo sobre el tapete los problemas de la vida; lo que ellos reivindican es la vida. Los negros no tienen nada suyo que asegurar; tienen que destruir todas las formas de seguridad y de seguros privados hasta ahora conocidas. Ellos aparecen como lo que realmente son: los enemi-

tos irreconciliables, no ciertamente de la gran mayoría de los americanos, sino del modo de vida alienado de toda la sociedad moderna: el país industrialmente más avanzado no hace sino mostrarnos el camino que se seguirá en todas partes si no se echa abajo el sistema.

Algunos extremistas del nacionalismo negro, para demostrar que no pueden conformarse con menos que un Estado separado, han argumentado que la sociedad americana, aunque les conceda un día entera igualdad económica y civil, a nivel individual no llegará nunca a consentir el matrimonio interracial. Así pues, *lo que hace falta es que desaparezca esa sociedad americana*, en América y en el mundo entero. El fin de todo prejuicio racial, igual que el fin de tantos otros prejuicios vinculados a las inhibiciones en materia de libertad sexual, se encontrará evidentemente más allá del «matrimonio» mismo, más allá de la *familia burguesa*, muy quebrantada entre los negros americanos, que reina lo mismo en Rusia que en Estados Unidos, como modelo de relación jerárquica y de estabilidad de un *poder hereditario* (dinero o rango socio-estatal). De un tiempo a esta parte suele decirse que la ju-

ventud norteamericana, que, al cabo de treinta años de silencio, está haciéndose oír como fuerza contestataria, acaba de encontrar en la revuelta negra su guerra de España. Hace falta que esta vez sus «brigadas Lincoln» entiendan todo el sentido de la lucha en que se implican y que la defiendan cabalmente en lo que tiene de universal. Los «excesos» de Los Angeles no son un error político de los negros, lo mismo que la resistencia armada del POUM en Barcelona, en mayo de 1937, no fue una traición a la guerra antifranquista. Una revuelta contra el espectáculo se sitúa en el nivel de la *totalidad*, porque es una protesta del hombre contra la vida inhumana, aunque no estalle más que en el barrio de Watts; porque empieza a nivel del *individuo real* y porque la comunidad, de la que el individuo rebelde está separado, es la *verdadera naturaleza social* del hombre, la naturaleza humana: la superación positiva del espectáculo.



«All this World is like this Valley called Jarama»
(Canción de la Brigada Lincoln)

«En los barrios del norte de Santo Domingo, las milicias populares se han hundido ante los carros y las ametralladoras. Tras cuatro días y cuatro noches de violentos y sangrientos combates, las tropas del general Imbert han logrado finalmente abrirse paso hasta las inmediaciones de la Avenida Duarte y del mercado de Villa Consuelo. A las seis de la mañana del miércoles, se tomó por asalto la sede de Radio Santo Domingo. Este edificio, que alberga también la televisión, se encuentra a doscientos metros al norte de la Avenida de Francia y del corredor controlado por los marines. El jueves pasado lo habían bombardeado los aviones de caza del general Wessin (...). En el noreste de la ciudad los combates esporádicos se prolongaron durante toda la noche del miércoles, pero la resistencia popular acaba de sufrir la

primera derrota (...). Los civiles han combatido prácticamente solos, ya que pocos militares que apoyaban el movimiento del coronel Camano se encontraban al norte del corredor. En este sector, las milicias están integradas sobre todo por obreros pertenecientes al Movimiento Popular Dominicano, una organización de izquierdas. Gracias a su sacrificio, se habrán ganado ya cinco días, que pueden ser preciosos para el levantamiento del 24 de abril (...).¹

»En los barrios bajos la gente levanta barreras más bien irrisorias de bidones de aceite que pretenden ser barricadas; otros se parapetan detrás de camiones de reparto volcados. Las armas son variopintas, las vestimentas también. Se ve a civiles con casco redondo y militares con gorra de uniforme (...). Los revólveres abultan los bolsillos de los téjanos de empleados y estudiantes.] Las mujeres que están decididas a luchar llevan todas pantalones (...). Chicos de dieciséis años aprietan ferozmente el fusil contra el pecho, como si hubiesen estado esperando *este* regalo durante toda la vida. Radio Santo Domingo emite sin cesar llamamientos al pueblo, pi-

1. El 24 de abril de 1965, una insurrección popular derribó a la junta militar encabezada por Donald Reid Cabral, que gobernaba la República Dominicana desde el golpe de Estado que, en septiembre de 1963, había derrocado al presidente constitucional Juan Bosch. Pocos días después, el presidente norteamericano Lyndon B. Johnson ordenó la invasión del país por tropas estadounidenses. (*N. del T.*)

diéndole que acuda en masa a tal punto o tal otro de la acuda donde se está temiendo un ataque de Wessin

(...). Allí, a la entrada del puente de Duarte y en el cruce de la Avenida Teniente Amado García, se agolpa la muchedumbre, con cócteles molotov en la mano. Vienen de los barrios bajos y del norte; parecen despreocupados y a la vez resueltos. Cuando los cazas de Wessin sobrevuelan a poca altura el puente, miles de puños se levantan furiosamente hacia ellos. Se oye el tableteo de las ametralladoras; en el suelo quedan decenas de cuerpos retorcidos, y la muchedumbre refluye hacia las casas. Pero luego vuelve; cada vez que pasan los aviones, provocan la misma explosión de cólera impotente y de desafío temerario, dejando otra estela de cadáveres a su paso. A todas luces, parece que habrá que matar a toda la ciudad para que abandone el puente de Duarte. La mañana del lunes, 26 de abril, el embajador Tapley Bennet Jr. ha regresado de Florida. Al atardecer arriba a Santo Domingo el "buque de asalto" *SS Boxer*, con mil quinientos marines abordo.»

MARCEL NIEDERGANG

Le Monde, 21 de mayo y 5 de junio de 1965

La decadencia y caída de la economía espectacular-mercantil apareció por primera vez en marzo de 1966 en el número 10 de la revista *Internationale Situationniste*.

El conjunto de las existencias de la segunda edición (*Les Belles Lettres*, octubre de 1993), establecida por Jean-Jacques Pauvert, quedó destruido por el incendio del almacén del editor, el 29 de mayo de 2002.

Mi punto de explosión de la ideología
en China

La disolución de la asociación internacional de las burocracias totalitarias es ahora un hecho consumado. Por decirlo con las palabras del *Llamamiento* publicado por los situacionistas en julio de 1965 en Argel, el irreversible «desmigajamiento de la imagen revolucionaria» que la «mentira burocrática» oponía al conjunto de la sociedad capitalista, siendo la seudonegación y el sostén efectivo de ésta, se ha hecho patente, empezando por el terreno en que el capitalismo oficial tenía el mayor interés en sostener la impostura de su adversario: la confrontación mundial entre la burguesía y el supuesto «campo socialista». Pese a toda clase de tentativas de volver a pegar lo que se había roto, *lo que antes no era socia-*

lista ha dejado además de ser un campo. El desmoronamiento del monolitismo estalinista se manifiesta a partir de ahora en la coexistencia de una veintena de «líneas» independientes, de Rumania a Cuba y de Italia al bloque de partidos vietnamita-coreano-japones. Y Rusia, que este año y ni siquiera consiguió reunir en una conferencia común a todos los partidos *europesos*, prefiere no acordarse de los tiempos en que Moscú reinaba sobre el Komintern. Así la *Izvestia* pudo acusar en septiembre de 1966 a los dirigentes chinos de exponer las ideas del «marxismo-leninismo» a un descrédito «sin precedentes», deplorando virtuosamente aquel estilo de confrontación en que «los insultos suplantaban al intercambio de opiniones y de experiencias revolucionarias. Quienes eligen este camino atribuyen a su propia experiencia un valor absoluto y dan prueba de un espíritu dogmático y sectario en la interpretación de la teoría marxista-leninista. Semejante actitud va necesariamente mano a mano con la intromisión en los asuntos internos de los partidos hermanos...». La polémica ruso-china, en la que cada potencia se ve llevada a imputar al adversario todos los crímenes contra el proletariado, con

la sola obligación de no mentar la *tara real* que es el poder de clase de la burocracia, ha de desembocar, por tanto, para unos y otros, en la desilucionada conclusión de que no se trataba sino de un inexplicable espejismo revolucionario que, a falta de mayor realidad, ha vuelto al punto de partida. La simplicidad de ese retorno a las fuentes se expresó perfectamente en febrero en Nueva Delhi, cuando la embajada china calificó a Brézhnev y Kosiguin de «nuevos zares del Kremlin», mientras el gobierno indio, aliado de esa Moscú contra China, descubrió al mismo tiempo que «los actuales dueños de China se adornan con el manto imperial de los Manchúes». Una versión más refinada aún de este argumento con la nueva dinastía del reino del Medio ofreció el mes siguiente el poeta modernista del Estado, Voznessenski, quien veía venir a «las hordas de Cuchúm», cifrando su última esperanza en que la «Rusia eterna» sirva de baluarte contra los mongoles que amenazan con acampar entre los «tesoros egipcios del Louvre». La descomposición acelerada de la ideología burocrática, tan palmaria en los países en que el estalinismo ha tomado el poder como en los otros, donde ha perdido toda

esperanza de tomarlo, tenía que empezar naturalmente por el tema del internacionalismo; pero eso no es más que el *comienzo* de una disolución general que ya no tiene vuelta de hoja. La burocracia no podía hacer suyo el internacionalismo sino a modo de proclamación ilusoria al servicio de sus intereses reales, como una justificación *ideológica* entre otras, porque la sociedad burocrática es justamente el *mundo invertido* de la comunidad proletaria. La burocracia es esencialmente un poder fundado sobre la propiedad estatal nacional, y finalmente tiene que obedecer a la lógica de su realidad, conforme a los intereses particulares que impone el nivel de desarrollo del país de su propiedad. Su edad heroica pasó junto a los felices tiempos ideológicos del «socialismo en un solo país», que Stalin tuvo la prudencia de mantener, destruyendo, entre 1927 y 1937, las revoluciones de China y de España. La revolución burocrática autónoma de China -igual que poco antes la de Yugoslavia- introdujo en la unidad del mundo burocrático un germen de disolución que acabó por desmembrarla en menos de veinte años. El proceso general de descomposición de la ideología burocrática está

alcanzando ahora su estadio supremo justamente en el país en que, debido al atraso general de la economía, era forzoso llevar al límite lo que aún le quedaba de pretensiones ideológicas revolucionarias, allí donde más hacía falta esa ideología: en China.

La crisis que, desde la primavera de 1966, ha alcanzado en China cada vez mayor extensión es un fenómeno sin precedentes en la sociedad burocrática. Ciertamente, en Rusia y en la Europa del Este la clase dominante del capitalismo burocrático de Estado, acostumbrada a ejercer el tenor contra la mayoría explotada, se había visto a menudo desgarrada ella misma por enfrentamientos y ajustes de cuentas derivados de las dificultades objetivas con que tropezaba, así como del estilo subjetivamente delirante que un poder mentiroso de cabo a rabo no puede menos de adoptar. Pero la burocracia, obligada a la centralización por su modo de apropiación de la economía, por cuanto debe bastarse a sí misma como garantía jerárquica de toda participación en su apropiación colectiva del excedente de la sociedad, se había depurado siempre *de la cúspide para abajo*. La cúspide de la burocracia tiene que per-

manecer firme, puesto que sobre ella reposa toda la legitimidad del sistema; tiene que guardarse para sí sus discrepancias (como era práctica constante desde los tiempos de Lenin y Trotski): a los hombres se los puede matar o reemplazar, pero la función debe conservar siempre la misma majestad indiscutible. La represión sin explicación ni réplica puede luego descender con toda normalidad a todos y cada uno de los escalafones del aparato, a modo de mero complemento de lo que se había decidido *instantáneamente* en la cúspide. Primero hay que matar a Beria, luego juzgarlo; y después se puede perseguir a su fracción, o a quien sea, pues el poder que mata define a la fracción a su antojo al matarla, y en el mismo acto se redefine a sí mismo como poder. He aquí todo lo que faltó en China, donde, pese a la fantástica subida de las pujas demagógicas en la lucha por la totalidad del poder, la permanencia de los adversarios declarados demuestra a todas luces que *la clase dominante se ha dividido en dos*.

Un accidente social de tal envergadura evidentemente no se explica, como quiere el gusto anecdótico de los observadores burgueses, por unas discrepancias en materia de estrategia exte-

rion es notorio, por lo demás, que la burocracia China soporta tranquilamente la afrenta que supone para ella el aplastamiento del Vietnam delante de su puerta. Tampoco es de creer que se esté arriesgando tanto por unas disputas de sucesión personales. Cuando se acusa a ciertos dirigentes de haber «apartado del poder a Mao Tse tung» desde finales de los años cincuenta, todo lleva a creer que se trata de uno de esos crímenes retrospectivos que suelen fabricar las depuraciones burocráticas: que Trotski había dirigido la guerra civil obedeciendo órdenes del emperador Japonés, que Zinoviev había apoyado a Lenin para complacer al Imperio británico, etc. Si alguien hubiese apartado del poder a un personaje tan poderoso como Mao, no habría vuelto a conciliar el sueño mientras Mao pudiera volver. Por consiguiente, Mao habría muerto aquel mismo día, y nada habría impedido a sus fieles sucesores achacar su muerte a Jruschov, por ejemplo. Si bien es cierto que los gobernantes y polemistas de los Estados burocráticos entienden mucho mejor la crisis china, sus declaraciones, sin embargo, no pueden ser más serias que otras, ya que al hablar de China se arriesgan a revelar demasiado sobre sí

mismos. Quienes se dejan engañar más que nadie son, en fin, los residuos izquierdistas de los países occidentales, siempre prestos a tragar dócilmente cualquier propaganda que tenga algún tufillo subleninista, cuando se ponen a valorar, con aire serio, el papel que desempeñan en la sociedad china los restos de renta que se les deja a los capitalistas afectos al régimen, o a averiguar qué dirigente representa, dentro de aquella mezcolanza, a la izquierda radical o a la autonomía obrera. Los más necios se habían creído que había algo de «cultural» en aquel asunto, hasta que en enero la prensa maoísta les jugó la mala pasada de confesar que se trataba de «una lucha por el poder desde el inicio». El único debate serio consiste en examinar cómo y por qué la clase dominante se ha dividido en dos bandos enfrentados; y huelga decir que toda investigación en este sentido está vedada a quienes no admiten que la burocracia es una clase dominante, lo mismo que a quienes ignoran lo peculiar de esa clase, reduciéndola a las condiciones clásicas del poder burgués.

Acerca del *porqué* de la ruptura en el seno de la burocracia sólo cabe decir con certeza que se trata de una cuestión que ponía en juego la do-

minación misma de la clase reinante, *puesto que, para zanjarla, los dos bandos no han temido arriesgar, en enseguida, con terquedad inquebrantable, lo que constituye el poder común de su clase*, poniendo en peligro todas las condiciones vigentes de su administración de la sociedad. La clase dominante debió de saber, por tanto, que no podía seguir gobernando como antes. Es evidente que ese conflicto se refería a la gestión de la *economía*, y también lo es que la causa de la extrema gravedad del conflicto está en el hundimiento de las sucesivas políticas económicas de la burocracia. El fracaso de la política del llamado «gran salto hacia adelante» —debido principalmente a la resistencia del campesinado— no sólo acabó con la perspectiva de un despegue ultravoluntarista de la producción industrial, sino que además trajo forzosamente consigo una desorganización desastrosa que se hizo sentir durante varios años. El aumento de la producción agrícola que se registró después de 1958 parece haber sido muy escaso, y la tasa de crecimiento de la población sigue siendo superior a la de los medios de subsistencia. Menos fácil es saber cuáles fueron exactamente las opciones económicas por las que la clase dirigen-

te se escindió. Probablemente uno de los bandos (que incluía a la mayor parte del aparato del partido, de los responsables de los sindicatos y de los economistas) quería proseguir y aumentar en grado más o menos considerable la producción de bienes de consumo, para azuzar el esfuerzo de los trabajadores con estímulos económicos; política que implicaba, junto a ciertas concesiones a los campesinos y, sobre todo, a los obreros, un aumento del consumo jerárquicamente diferenciado entre las amplias bases de la burocracia. El otro bando (en el que figuraban Mao y gran parte de los oficiales superiores del ejército) deseaba, sin duda, retomar a cualquier precio el esfuerzo por industrializar el país, extremando el recurso a la *energía ideológica* y al terror, unido a la sobreexplotación ilimitada de los trabajadores y tal vez el sacrificio, en aras del «igualitarismo», de los niveles de consumo de una amplia capa inferior de la burocracia. Las dos posiciones apuntan por igual al mantenimiento de la dominación absoluta de la burocracia, y ambas hacen sus cálculos en función de la necesidad de contener las luchas de clases que amenazan esa dominación. En todo caso, la urgencia y el carácter vital de esa elección

eran tan evidentes para todos que ambos bandos se creyeron obligados a correr el riesgo de agravar inmediatamente el conjunto de las condiciones en las que se encontraban, a través del desorden que la escisión misma provocaba. Es muy posible que la obstinación de unos y otros se justifique por el hecho de que no hay solución correcta a los insuperables problemas de la burocracia china; que, por tanto, las dos opciones enfrentadas eran igualmente inviables y que, sin embargo, había que elegir.

Para saber *cómo* una división de la cúspide de la burocracia pudo bajar, de llamamiento en llamamiento, a los niveles inferiores, recreando en cada etapa unos enfrentamientos teledirigidos en sentido inverso en todo el aparato del partido y del Estado y, finalmente, entre las masas, hay que tener en cuenta, sin duda, los vestigios del viejo modelo chino de administración por provincias que tendían a hacerse semiautónomas. La denuncia de unos «reinos independientes», lanzada en enero por los maoístas de Pekín, alude claramente a este hecho, y el desarrollo de los disturbios durante los últimos meses lo confirma. Es bien posible que el fenómeno de la au-

tonomía regional del poder burocrático, que durante la contrarrevolución rusa se había manifestado sólo de modo episódico y endeble a propósito de la organización de Leningrado, haya encontrado en la China burocrática unas bases múltiples y sólidas, que se traducen en la posibilidad de que en el gobierno central coexistan clanes y clientelas que ostentan la propiedad directa de regiones enteras del poder burocrático, y que negocian sus componendas sobre esa base. El poder burocrático chino no nació de un movimiento obrero, sino del encuadramiento militar de campesinos a lo largo de una guerra de veintidós años. El ejército sigue entrelazado con el partido, cuyos dirigentes han sido todos también jefes militares, y continúa siendo la principal escuela de selección para el partido de las masas campesinas a las que educa. Además, parece que las administraciones locales establecidas en 1949 dependían en gran medida de las zonas por las que pasaron los diversos cuerpos del ejército en su avance del norte al sur, dejando atrás una estela de hombres vinculados a aquéllas por su origen regional (o familiar, lo que sería luego un factor de consolidación de las camarillas burocráticas

que la propaganda contra Liu Shao-chi y otros ha sacado a luz). Tales bases locales de un políci semiautónomo dentro de la administración burocrática china pueden haberse formado, por tanto, a partir de una combinación de las estructuras de organización del ejército conquistador. Con las fuerzas productivas que éste resultaba controlar en las tierras conquistadas.

Cuando la tendencia de Mao inició su ofensiva pública contra las sólidas posiciones de sus adversarios, mandando desfilar a los estudiantes y escolares que había reclutado, no se proponía en modo alguno, como objetivo inmediato, una regeneración «cultural» o «civilizadora» de las masas trabajadoras, aherrojadas ya a más no poder en las cadenas ideológicas del régimen. Las sandeces que se decían contra Beethoven o contra el arte de la dinastía Ming, lo mismo que las invectivas contra las posiciones todavía ocupadas o ya reconquistadas por una burguesía china a todas luces extinta en cuanto tal, sólo sirvieron para divertir a la galería, aunque no sin calcular que semejante ultraizquierdismo ramplón pudiera encontrar cierto eco entre los oprimidos, a quienes no les faltan razones para creer que en su

país aún quedan diversos obstáculos que se oponen al advenimiento de la sociedad sin clases. El principal objetivo de la operación era que la *ideología del régimen*, que es maoísta por definición, saliera a la calle al servicio de esa tendencia. A los adversarios, que no podían menos de ser maoístas también, el desencadenamiento de esa pelea sucia los colocaba inmediatamente en una posición embarazosa. Por eso sus insuficientes «auto-críticas» expresan, de hecho, su resolución de no abandonar los puestos que ocupan. Así que la primera fase de la lucha puede describirse como un enfrentamiento entre los *propietarios oficiales de la ideología* y la mayoría de los *propietarios del aparato* económico y estatal. Sin embargo, la burocracia, para mantener su apropiación colectiva de la sociedad, necesita tanto la ideología como el aparato administrativo y represivo; de manera que la aventura de semejante separación era sumamente peligrosa si no llegaba a un resultado a corto plazo. Es sabido que la mayoría del aparato resistió obstinadamente; entre ellos estaba el propio Liu Shao-chi, pese a la posición crítica en que se encontraba en Pekín. Tras el primer intento de frenar la agitación maoísta en las uni-

versidades, donde le salieron al paso los «grupos de trabajo», dicha agitación se extendió a las calles de todas las grandes ciudades, empezando a atacar en todas partes, con la acción directa y periódicos murales, a los responsables que se les había señalado, no sin errores y excesos de celo. Esos responsables pasaron a organizar la resistencia donde pudieron. Los primeros enfrentamientos entre obreros y «guardias rojos» parecen haber sido iniciados por los *activistas* del partido en las fábricas, a disposición de los notables locales del aparato; pero muy pronto los obreros, exasperados por los excesos de los guardias rojos, empezaron a intervenir por su cuenta. En todos los casos en que los maoístas hablaron de «extender la revolución cultural» a las fábricas y luego al campo, se daban el aire de estar *decidiendo* un *deslizamiento* que se había escapado de su control durante todo el otoño de 1966 y que de hecho se había puesto ya en marcha a despecho de sus planes. La caída de la producción industrial, la desorganización de los transportes, de la irrigación, de la administración estatal hasta el nivel de los ministerios (a pesar de los esfuerzos de Chu En-lai), las amenazas que pesaban sobre las cosechas

del otoño y de la primavera, la interrupción completa de la enseñanza —particularmente grave en un país subdesarrollado— durante más de un año, todo eso no fue sino el resultado inevitable de una lucha cuya extensión se debe únicamente a la resistencia de aquella parte de la burocracia ostentadora del poder a la que los maoístas trataban de hacer ceder.

Los maoístas, cuya experiencia política no tiene mucho que ver con las luchas urbanas, tuvieron ocasión de convencerse de lo acertado del precepto de Maquiavelo: «Hay que cuidarse de atizar una sedición en una ciudad, halagándose uno de poderla parar o dirigir a voluntad» (*Historias florentinas*). Tras unos meses de seudorrevolución seudocultural, apareció en China la lucha de clases real, cuando los obreros y campesinos empezaron a actuar por sí mismos. Los obreros no pueden ignorar lo que significa para ellos la perspectiva maoísta; los campesinos, viendo amenazados sus lotes de tierra individuales, comenzaron en varias provincias a repartirse las tierras y el material de las «comunidades populares» (que no son mucho más que los nuevos trajes ideológicos de las unidades administrativas anteriores, coincidiendo en

general con los antiguos cantones). Las huelgas de ferroviarios, la huelga general de Shanghai (que fue calificada, igual que en Budapest, de arma privilegiada de los capitalistas), las huelgas de la gran aglomeración industrial de Wuhan, de Cantón, de Hupeh, de los obreros metalúrgicos y textiles de Chungking, los ataques de los campesinos de Sechuán y de Fukién, acabaron en el mes de enero llevando a China al borde del caos. Al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de los obreros de Kwangsi que, desde septiembre de 1966, se habían organizado en «guardias púrpuras» para combatir a los guardias rojos, y tras los motines antimaoístas de Nankin, en varias provincias se formaron «ejércitos» como el «Ejército del Primero de Agosto» de Kwangtung. Entre febrero y marzo, el ejército nacional tuvo que intervenir en todas partes para reprimir a los trabajadores, dirigir la producción mediante el «control militar» de las fábricas, e incluso para controlar, con el apoyo de las milicias, los trabajos del campo. La lucha de los obreros por defender o aumentar sus salarios —la famosa tendencia al «economicismo» que los dueños de Pekín maldicen— se vio aceptada y aun alentada por algunos cuadros locales del aparato

que ofrecían resistencia a los burócratas maoístas rivales. Lo cierto es que la lucha estaba impulsada por una corriente irresistible de las bases obreras; muy a las claras lo demuestra la disolución autoritaria, en marzo, de las «asociaciones profesionales» que se habían formado tras la primera disolución de los sindicatos del régimen, cuya burocracia discrepaba de la línea maoísta. Así el *Jiefang Ribao* de Shanghai condenó en marzo «la tendencia feudal de esas asociaciones, que no están organizadas sobre una base de clase (*léase: la cualidad que define esa base de clase es el puro monopolio del poder maoísta*) sino por oficios, y cuyos objetivos de lucha son los intereses particulares e inmediatos de los obreros que ejercen su profesión». Esa defensa de los verdaderos propietarios de los intereses generales y permanentes de la colectividad se había expresado también nítidamente en una directiva del Consejo de Estado y de la comisión militar del comité central del 11 de febrero: «Hay que arrestar a todos los elementos que han requisado o robado armas.»

En el momento en que se confía al ejército chino la tarea de zanjar ese conflicto -que evidentemente ha costado decenas de miles de muertos,

al enfrentarse entre sí grandes unidades militares con todo su armamento, incluyendo buques de guerra-, este ejército se halla dividido en sí mismo. Tiene que asegurar la reanudación y la intensificación de la producción, cuando ya no está en condiciones de asegurar la unidad del poder en China; además, su intervención directa contra el campesinado implicaría un riesgo enorme, dada la extracción mayoritariamente campesina de las tropas. La tregua que buscaron los maoístas entre marzo y abril, declarando que todo el personal del partido es recuperable, con excepción de un «puñado» de traidores, y que la amenaza principal es ahora el «anarquismo», significa, más que la inquietud ante la dificultad de poner freno a la insolencia que ha cundido entre la juventud tras la experiencia de los guardias rojos, *la inquietud esencial de haber llegado al borde de la disolución de la clase dirigente misma*. El partido, la administración central y las administraciones de provincias se encuentran en este momento en descomposición. Se trata de «restablecer la disciplina de trabajo». En marzo, *Bandera Roja* declara: «Hay que condenar sin reservas el principio de exclusión y destitución de todos los cuadros»; y ya en febrero

se lee en *Nueva China*: «Elimináis a todos los responsables... Pero cuando os apoderáis de una institución, ¿qué os queda sino un despacho vacío y unos sellos?» Las rehabilitaciones y las nuevas componendas se suceden a la buena de Dios. La supervivencia misma de la burocracia es la causa suprema ante la cual las diversas opciones políticas, como meros medios que son, deben pasar a un segundo plano.

Desde la primavera de 1967, se puede decir que el movimiento de la «revolución cultural» ha desembocado en un fracaso estrepitoso, sin duda el más enorme de la larga serie de fracasos del poder burocrático chino. Frente al extraordinario coste de la operación, no se ha alcanzado ninguno de sus objetivos. La burocracia está más dividida que nunca. Todos los nuevos poderes instalados en las regiones controladas por los maoístas se dividen a su vez: la «triple alianza revolucionaria» entre el ejército, los guardias rojos y el partido no cesa de deshacerse, debido tanto a los antagonismos entre esas tres fuerzas (sobre todo el partido se mantiene aparte o sólo participa en la alianza para sabotearla) como a los cada vez más profundos antagonismos inter-

nos de cada una. Recomponer el aparato parece no menos difícil que levantar otro. Y lo que es más, *por lo menos dos tercios de China no están en absoluto controlados por el poder de Pekín.*

Al lado de los comités gubernamentales de los partidarios de Liu Shao-chi y los movimientos de lucha obrera que siguen manifestándose, están reapareciendo ya los *señores de la guerra*: ahora visten el uniforme de generales «comunistas» independientes que hacen su propia política, sobre todo en las regiones periféricas, y mantienen tratos directos con el poder central. El general Chang Kuo-hua, dueño del Tíbet en febrero, ataca a los maoístas con carros blindados, después de unas batallas callejeras que se habían producido en la ciudad de Lhasa. Los maoístas envían tres divisiones para «aplantar a los revisionistas». Su éxito parece haber sido modesto, ya que en abril Chang Kuo-hua sigue controlando la región. El primero de mayo se le recibe en Pekín; las negociaciones conducen a un acuerdo, pues se le encarga la formación de un comité revolucionario para gobernar Sechuán, donde en abril una «alianza revolucionaria», bajo la influencia de un tal general Hung, había tomado el poder y encar-

celado a los maoístas; luego, en junio, los miembros de una comuna popular se habían apoderado de armas y habían atacado a los militares. En la Mongolia interior, el ejército se pronunció en febrero contra Mao, bajo la dirección del comisario político adjunto, Liu Chiang. Lo mismo sucedió en Hopeh, Honan y Manchuria. En mayo, el general Chao Yung-shih dio un golpe de Estado antimaoísta en Kansu. La región de Sinkiang, donde se encuentran las instalaciones nucleares, fue declarada neutral por común acuerdo en marzo, bajo la autoridad del general Wang En-mao, de quien se dice, sin embargo, que ha atacado en junio a los «revolucionarios maoístas» de la región. Hupeh se encuentra en julio en manos del general Chen Tsai-tao, el comandante del distrito de Wuhan, uno de los más antiguos centros industriales de China. El general ordena, al viejo estilo del «incidente de Sian», el arresto de dos destacados dirigentes de Pekín que habían acudido a negociar con él; el primer ministro se ve obligado a desplazarse a Hupeh, y se anuncia la «victoria» de haber conseguido la devolución de sus emisarios. Al mismo tiempo, 2.400 fábricas y minas de la provincia están paralizadas tras el levantamiento

armado de cincuenta mil obreros y campesinos. Por lo demás, a principios del verano se comprueba que el conflicto continúa en todas partes: en junio, los «obreros conservadores» de Honan atacan una hilandería con bombas incendiarias; en julio, se declaran en huelga la cuenca hullera de Fushun y los trabajadores del petróleo de Tah-sing; los mineros de Kiangsi dan caza a los maoístas; se llama a la lucha contra el «ejército industrial de Chekiang», descrito como una «organización terrorista antimarxista»; los campesinos amenazan con marchar sobre Nankin y Shanghai; hay batallas callejeras en Cantón y Chungking; los estudiantes de Kweiyang atacan al ejército y secuestran a dirigentes maoístas. El gobierno, que se ha decidido a prohibir los actos de violencia «en las regiones controladas por las autoridades centrales», incluso en éstas parece tenerlo difícil. Como no logra frenar los disturbios, frena la *información*, expulsando a la mayoría de los pocos extranjeros residentes en el país.

Pero a principios de agosto la escisión del ejército se ha vuelto tan peligrosa que las mismas publicaciones oficiales de Pekín revelan que los partidarios de Liu aspiran a «instaurar en el

seno del ejército un reino independiente, reaccionario y burgués», y que «los ataques contra la dictadura del proletariado chino procedían no sólo de los rangos superiores, sino también de los inferiores» (*Diario del Pueblo* del 5 de agosto). Pekín acaba de admitir claramente que por lo menos un tercio del ejército se ha pronunciado contra el gobierno central, y que incluso una gran parte de la vieja China de las dieciocho provincias ha escapado de su control. Las consecuencias inmediatas del incidente de Wuhan parecen haber sido graves. Una intervención de paracaidistas de Pekín, flanqueada por seis cañoneras que remontaban el Yangtsé desde Shanghai, fue rechazada tras una batalla campal; por otra parte, se dice que se han enviado armas de los arsenales de Wuhan a los antimaoístas de Chungking. Por lo demás, es de notar que las tropas de Wuhan pertenecían a las unidades que obedecen al mando directo de Lin Piao, las únicas cuya lealtad al gobierno parecía fuera de duda. Hacia mediados de agosto, los enfrentamientos armados se generalizan a tal punto que el gobierno maoísta acaba condenando oficialmente ese tipo de continuación de la política

En medios que acaban volviéndose contra él; asegura que prefiere convencer, y que lo logrará limitándose a «luchar con la pluma». Al mismo tiempo anuncia la distribución de armas a las masas de las «zonas seguras». ¿Pero dónde están . las zonas? De nuevo hay combates en Shanghai, ciudad a la que se viene presentando desde hace meses como uno de los pocos baluartes del maoísmo. Los militares de Shantung están incitando a los campesinos a la revuelta. Se denuncia al estado mayor de las fuerzas aéreas como enemigo del régimen. Y Cantón se erige en avanzada de la revuelta, como en los tiempos de Sun Yat-sen, mientras la 41.^a división del ejército está marchando sobre la ciudad para restablecer el orden. La punta de lanza del movimiento son los ferroviarios y los obreros de los transportes urbanos. Los rebeldes han liberado a los presos políticos, requisado armas destinadas a Vietnam de los cargueros del puerto y ahorcado en las calles a un número indeterminado de individuos. Así China se va hundiendo poco a poco en una confusa guerra civil, que es a la vez un enfrentamiento entre diversas regiones del poder burocrático-estatal desmembrado y un enfrentamien-

to de las reivindicaciones obreras y campesinas con las condiciones de explotación que las direcciones burocráticas rivales tienen que mantener en todas partes.

Como los maoístas han dado prueba de ser los campeones de la ideología absoluta, con el éxito que se ve, han conseguido hasta la fecha las cotas más fantásticas de estima y aprobación entre los intelectuales occidentales, que nunca dejan de babear ante tales estímulos. En el *Nouvel Observateur* del 15 de febrero, K. S. Karol reprochaba doctamente a los maoístas haberse olvidado del hecho de que «los verdaderos estalinistas no son aliados potenciales de China, sino sus enemigos más irreducibles: a ellos la revolución cultural, con sus tendencias antiburocráticas, les recuerda el trotskismo». Y no han faltado trotskistas que se identificaran con aquella «revolución»: ¡se lo merecían! *Le Monde*, el periódico más abiertamente maoísta que se publica fuera de China, venía anunciando día tras día que el señor Mao Tse-tung estaba a punto de tomar por fin el poder, en el cual se le creía firmemente instalado desde hace dieciocho años. Los sinólogos, casi todos ellos cristiano-estalinistas —mezcla

que abunda en todas partes, pero principalmente en ese gremio-, han resucitado el alma china para atestiguar la legitimidad del nuevo Confucio. Lo que siempre había de grotesco en la actitud de los intelectuales burgueses de la izquierda moderadamente filoestalinista encontró mejor Ocasión que nunca de aflorar ante joyas chinas Como éstas: la revolución «cultural» habrá de durar tal vez mil años, o diez mil. El *Librito Rojo* ha logrado finalmente «traducir el marxismo al chino». «En todas las unidades del ejército se escucha el rumor de hombres que recitan en voz alta y clara las citas.» «La sequía no nos asusta; el pensamiento de Mao Tse-tung es nuestra lluvia fecundante.» «El jefe de Estado ha sido juzgado responsable... de no haber previsto el cambio de frente del mariscal Chiang Kai-chek, cuando éste estaba dirigiendo su ejército contra las tropas comunistas» (*Le Monde* del 4 de abril de 1967; se trata del golpe de 1927, que en China todo el mundo había previsto, pero que había que aguardar pasivamente para obedecer las órdenes de Stalin). Un coro canta el himno titulado *Cien millones de personas toman las armas para criticar el siniestro Libro del perfeccionamiento de*

sí mismo (obrita hasta hace poco oficial de Liu Shao-chi). La lista es interminable; podemos acabarla con esta agudeza del *Diario del Pueblo* del 31 de julio: «La situación de la revolución cultural proletaria china es excelente, pero la lucha de clases está volviéndose más difícil.»

Después de tanto ruido, las conclusiones históricas que se pueden extraer de este período son sencillas. Vaya a donde vaya China ahora, la imagen del último poder burocrático revolucionario ha quedado hecha añicos. El desmoronamiento interno se junta a los incesantes derrumbes de su política exterior: la aniquilación del estalinismo indonesio, la ruptura con el estalinismo japonés, la destrucción de Vietnam por Estados Unidos y, en fin, la proclamación por parte de Pekín, en julio, de que la «insurrección» de Naxalbari, pocos días antes de su dispersión por la primera operación de la policía, había sido el inicio de la revolución campesina maoísta en toda la India: al sostener esa extravagancia, Pekín rompió con la mayoría de sus propios partidarios indios, es decir, con el último gran partido burocrático que le seguía fiel. La crisis interna de China refleja, en estas circunstancias, el fracaso de la industrializa-

ción del país y el fracaso del modelo que pretendía ofrecer a los países subdesarrollados. La ideología llevada a un grado absoluto acaba por *estallar*. SU absoluto es también su cero absoluto: es la noche en la que todas las vacas ideológicas son negras. En el momento de confusión total en que los burócratas se enfrentan entre sí en nombre del mismo dogma y denuncian en todas partes a los «burgueses agazapados detrás de la bandera roja», el *doble pensamiento* se ha desdoblado a su vez. Es el grotesco final de las mentiras ideológicas: se mueren de ridículo. Esa ridiculez no la ha producido China, sino nuestro mundo. Decíamos, en el número de *Internationale Situationniste* de agosto de 1961, que este mundo acabará volviéndose «cada vez más penosamente ridículo a todos los niveles, hasta el momento de su reconstrucción revolucionaria completa». Ya lo estamos viendo. La nueva época de la crítica proletaria sabrá que ya no tiene que gastar miramientos con nada que sea suyo, y que todo consuelo ideológico existente le ha sido arrebatado con vergüenza y espanto. Al descubrirse desposeída de los falsos bienes de este mundo mentiroso, habrá de entender que ella es la negación de-

terminada de la totalidad de la sociedad mundial; y lo sabrá también en China. El desmembramiento mundial de la *internacional burocrática* está reproduciéndose en estos momentos en el marco chino, en la fragmentación del poder en provincias independientes. Así China vuelve a encontrarse con su pasado, que la enfrenta de nuevo a las tareas revolucionarias reales del movimiento derrotado de antaño. El momento en que, aparentemente, «Mao recomienza en 1967 lo que hizo en 1927» (*Le Monde* de 17 de febrero de 1967) es también el momento en que, por primera vez desde 1927, la intervención de las masas obreras y campesinas ha invadido el país entero. Por difícil que sea la toma de conciencia y la puesta en práctica de sus objetivos autónomos, algo ha muerto en la dominación total que padecían los trabajadores chinos. El *mandato del cielo proletario* ha expirado.

El punto de explosión de la ideología en China se publicó por primera vez como panfleto en agosto de 1967; luego apareció en el número 11 de *Internationale Situationniste*, de octubre de 1967.

La «contaminación» está de moda hoy en día, exactamente de la misma manera que la revolución: se apodera de toda la vida de la sociedad, y se la representa ilusoriamente en el espectáculo. Es la palabrería fastidiosa que llena un sinfín de escritos y discursos descarriados y embaucadores, pero en los hechos agarra del cuello a todo el mundo. Se expone en todas partes como ideología y gana terreno como proceso real. Esos dos movimientos antagónicos, el estadio supremo de la producción mercantil y el proyecto de su negación total, igualmente ricos en contradicciones en sí mismos, están creciendo juntos. Son los dos lados por los que se manifiesta un mismo momento histórico largamente esperado y a me-

nudo previsto en formas parciales e inadecuadas: la imposibilidad de que el capitalismo continúe funcionando.

La época que posee todos los medios técnicos para alterar totalmente las condiciones de vida sobre la tierra es también la época que, en virtud del mismo desarrollo técnico y científico separado, dispone de todos los medios de control y previsión matemáticamente indudable para medir por adelantado adónde lleva -y hacia qué fecha- el crecimiento automático de las fuerzas productivas alienadas de la sociedad de clases: es decir, para medir el rápido deterioro de las condiciones mismas de la supervivencia, en el sentido más general y más trivial de la palabra.

Mientras los imbéciles pasadistas siguen disertando todavía sobre (y contra) una crítica *estética* de todo eso, creyéndose lúcidos y modernos porque fingen adaptarse a su siglo, declarando que Sarcelles o las autopistas poseen una belleza peculiar, preferible a la incomodidad de los «pintorescos» barrios antiguos, u observando seriamente que el conjunto de la población come mejor que antes, por más que digan los nostálgi-

. os de la buena cocina, el problema del deterioro de la totalidad del medio natural y humano ha dejado ya completamente de presentarse en el plano de la supuesta calidad antigua, estética o no, para convertirse radicalmente en el problema mismo de la *posibilidad material de la existencia* del inundo embarcado en tal movimiento. De he---, la imposibilidad ha quedado ya perfectamente demostrada por todo el conocimiento científico separado, que ya no discute sino el plazo que queda y los paliativos que, de aplicarse con firmeza, podrían alargarlo un poco. Una ciencia semejante no puede hacer otra cosa que acompañar en su camino hacia la destrucción al mundo que la ha producido y a cuyo servicio está; pero ella se ve obligada a recorrer ese camino con los ojos abiertos: con lo que muestra en grado caricaturesco la inutilidad del conocimiento sin empleo.

Se está midiendo y extrapolando con excelente precisión el rápido aumento de la contaminación química de la atmósfera respirable, del agua de los ríos, los lagos y los océanos; el aumento irreversible de la radiactividad acumulada por el desarrollo *pacífico* de la energía nuclear; de

los efectos del ruido; de la invasión del espacio por productos de materias plásticas que aspiran a una eternidad de vertedero universal; de la natalidad demencial; de la falsificación insensata de los alimentos; de la lepra urbanística que viene ocupando cada vez más el lugar de lo que fueron la ciudad y el campo, así como de las enfermedades mentales -incluidos los temores neuróticos y las alucinaciones, que no tardarán en multiplicarse a propósito de la contaminación misma, cuya imagen alarmante se exhibe en todas partes— y del suicidio, cuyas tasas de expansión coinciden ya exactamente con la de la urbanización de semejante ambiente (por no hablar de los efectos de la guerra nuclear o bacteriológica, para la cual ya están ahí los medios, cual espada de Damocles, aunque sigue siendo evidentemente evitable).

En suma, si el alcance y aun la realidad de los «terrores del año mil» son todavía materia de controversia entre los historiadores, el terror del año dos mil es tan patente como bien fundado; a partir de ahora, es una certeza *científica*. Y, sin embargo, lo que está pasando no es en el fondo nada nuevo: sólo es el *fin forzado* del proceso

antiguo. Una sociedad cada vez más enferma pero cada vez más poderosa ha recreado en todas partes el mundo concretamente como entorno y decorado de su enfermedad, como *planeta enfermo*. Una sociedad que no ha llegado aún a hacerse homogénea y que no se determina a sí misma, sino que está determinada *cada vez más* por una parte de sí misma que se sitúa por encima y al margen de ella, ha desarrollado un movimiento de dominación de la naturaleza que no se ha dominado a sí mismo. El capitalismo ha aportado finalmente, por su propio movimiento, la prueba de que *ya no es capaz de seguir desarrollando las fuerzas productivas*, y no en un sentido *cuantitativo*, como muchos habían creído entender, sino *cualitativo*.

Y, sin embargo, para el pensamiento burgués sólo lo cuantitativo es, metodológicamente, lo serio, lo medible, lo efectivo; lo cualitativo no es más que el incierto decorado subjetivo o artístico de lo verdaderamente real tasado en su verdadero peso. Para el pensamiento dialéctico, por el contrario, y, por tanto, para la historia y para el proletariado, lo cualitativo es la dimensión más decisiva del desarrollo real. He aquí lo que

el capitalismo y nosotros hemos acabado por demostrar.

Los dueños de la sociedad se ven ahora obligados a hablar de la contaminación, tanto para combatirla (pues ellos viven, a fin de cuentas, en el mismo planeta que nosotros: he aquí el único sentido en que se puede admitir que el desarrollo del capitalismo ha realizado efectivamente una cierta fusión de las clases) como para disimularla: pues la simple verdad de las «nocividades» y de los riesgos actuales es suficiente para constituir un inmenso factor de revuelta, una exigencia *materialista* de los explotados, tan vital como fue en el siglo XIX la lucha de los proletarios por poder comer. Tras el fracaso fundamental de todos los reformismos del pasado —que todos aspiraban a la solución definitiva del problema de las clases—, se está esbozando un nuevo reformismo, que obedece a las mismas necesidades que los anteriores: engrasar la maquinaria y abrir nuevas posibilidades de ganancia a las empresas punteras. El sector más moderno de la industria se lanza sobre los diversos paliativos de la contaminación como sobre un nuevo mercado, tanto más rentable por el hecho de que podrá

bar y manejar gran parte del capital monopolizado por el Estado. Pero si ese nuevo reformismo tiene de antemano la garantía de su fracaso, por exactamente las mismas razones que los reformismos del pasado, lo separa de éstos la diferencia radical de que *ya no tiene tiempo por delante*.

El desarrollo de la producción ha demostrado cabalmente, a estas alturas, su verdadera naturaleza como *realización de la economía política*: el desarrollo de la miseria, que ha invadido y arruinado el medio mismo de la vida. La sociedad en la que los trabajadores se matan trabajando y sólo pueden contemplar el resultado, ahora los hace ver -y respirar- con toda franqueza el resultado general del trabajo alienado, que es resultado *mortal*. En la sociedad de la economía superdesarrollada, todo ha entrado a formar parte de la esfera de los *bienes económicos*, incluso el agua de las fuentes y el aire de las ciudades; lo que es decir que todo se ha convertido en el *mal económico*, la «negación total del hombre» que está llegando ahora a su perfecta *conclusión material*. El conflicto entre las fuerzas productivas modernas y las relaciones de producción, bur-

guestas o burocráticas, de la sociedad capitalista ha entrado en su última fase. La producción de la no-vida ha seguido con cada vez mayor rapidez su proceso lineal y acumulativo; ahora ha traspasado un último umbral de *su* progreso y está produciendo directamente la muerte.

La función última, declarada y esencial de la economía desarrollada de hoy en día, en todo el mundo en que impera el trabajo-mercancía que asegura todo el poder a sus patronos, es la *producción de empleo*. Bien lejos estamos, pues, de las ideas «progresistas» del siglo pasado acerca de la posible reducción del trabajo humano gracias a la multiplicación científica y técnica de la productividad, que, según se creía, iba a asegurar con cada vez mayor facilidad la satisfacción de las necesidades *hasta entonces reconocidas como reales por todo el mundo*, y eso sin ninguna *alteración fundamental* de la calidad de los bienes disponibles. Ahora, en cambio, se trata de «crear puestos de trabajo» hasta en el campo huérfano de campesinos, es decir, de usar el trabajo humano en cuanto *trabajo alienado*, en cuanto trabajo asalariado: para eso se hace *todo lo demás*; para eso se está poniendo en peligro estólida-

mente las bases de la vida de la especie, actualmente más frágiles aún que la inteligencia de un Kennedy o de un Bréznnev.

El viejo océano es en sí mismo indiferente a la contaminación; pero no así la historia. La historia no se puede salvar más que por la abolición del trabajo-mercancía. Y nunca antes la conciencia histórica había tenido tan urgente necesidad de dominar su mundo, porque el enemigo que está ante las puertas ya no es la ilusión sino su muerte.

Cuando los pobres amos de la sociedad cuyo penoso resultado estamos presenciando -resultado mucho peor que cualquier condena que antaño pudiera fulminar a los más radicales utopistas- se ven ahora forzados a admitir que nuestro entorno se ha hecho social y que la gestión de *todo* se ha convertido en un asunto directamente político, hasta la hierba de los campos y la posibilidad de beber, de dormir sin demasiados somníferos o de lavarse sin sufrir demasiadas alergias, en un momento como éste se está viendo a las claras que también la vieja política tiene que confesar que está del todo acabada.

Está acabada en la forma suprema de su v< > luntarismo, el poder burocrático totalitario de los regímenes llamados socialistas, porque los burócratas que ostentan el poder no se han mostrado capaces ni siquiera de gestionar el estadio anterior de la economía capitalista. Si contaminan mucho menos (Estados Unidos produce él solo el 50% de la contaminación mundial) es porque son mucho más pobres. No pueden sino desviar, como en China, por ejemplo, una parte desproporcionada de sus míseros presupuestos para regalarse la parte de contaminación de prestigio de las potencias pobres: algunos perfeccionamientos o descubrimientos de segunda mano en el terreno de las técnicas de la guerra termónuclear, o más exactamente de su espectáculo amenazador. Tanta pobreza material y mental, sostenida por tanto terrorismo, condena a las burocracias que ostentan el poder. Al poder burgués más modernizado lo condena el resultado insoportable de tanta riqueza *efectivamente envenenada*. La gestión llamada democrática del capitalismo, sea en el país que sea, no ofrece más que sus elecciones-dimisiones que, como se ha visto siempre, no han cambiado nunca nada en

el conjunto -y muy poca cosa en los detalles- de una sociedad de clases que se imaginaba que iba a durar indefinidamente. Tampoco van a caminar mucho más cuando esa misma gestión pierde la cabeza y finge esperar de su electorado alienado e idiotizado algunas vagas directrices para resolver ciertos problemas secundarios aunque urgentes (como sucede en Estados Unidos, Italia, Inglaterra o Francia). Todos los observadores especializados han señalado siempre -aunque sin tomarse la molestia de explicarlo- el hecho de que el elector no cambia casi nunca de «opinión»: pues para eso justamente es elector, esto es, aquel que asume, por un breve instante, el papel abstracto que está destinado precisamente a impedirle que sea por sí mismo y que cambie (el mecanismo ha sido desmontado mil veces, tanto por el análisis político desengañado como por las explicaciones del psicoanálisis revolucionario). El elector tampoco cambia cuando el mundo a su alrededor está cambiando cada vez más precipitadamente; y, *en cuanto elector*, no cambiará ni en vísperas del fin del mundo. Todo sistema representativo es esencialmente *conservador*, aunque las condiciones de existencia de la

sociedad capitalista no han podido conservarse nunca: se modifican sin interrupción y cada vez más deprisa, aunque la decisión -que viene a **ser** siempre, a fin de cuentas, la decisión de dejar hacer al proceso mismo de la producción mercantil- se deja enteramente en manos de los especialistas publicitarios, ya sea que se presenten a la carrera solos o en competición con quienes quieren hacer lo mismo y además lo declaran abiertamente. Aun así, el hombre que acaba de votar «libremente» a los gaullistas o el PCF, lo mismo que el que acaba de votar, a la fuerza y obligado, a Gomulka, es capaz de dar muestra de lo que verdaderamente es participando, la semana siguiente, en una huelga salvaje o una insurrección.

La sedicente «lucha contra la contaminación», en su vertiente estatal y reglamentaria, va a crear ante todo nuevas especializaciones, servicios ministeriales, puestos de trabajo y ascensos burocráticos. Su eficacia será exactamente la que a tales medios corresponde. No puede convertirse en voluntad real sino transformando el sistema productivo actual en sus raíces mismas, ni puede llevarse a cabo con firmeza sino en el ins-

(ante en que todas las decisiones, tomadas democráticamente y con pleno conocimiento de causa por los productores, sean en todo momento controladas y ejecutadas *por los productores mismos* (los buques petroleros, por ejemplo, seguirán infaliblemente vertiendo el petróleo en los mares hasta que no manden en ellos unos verdaderos *soviets de marineros*). Para decidir y ejecutar todo eso, hace falta que los productores se hagan adultos: hace falta que se hagan con el poder entre todos.

El optimismo científico del siglo XIX se ha desmoronado en tres puntos esenciales. En primer lugar, la pretensión de *garantizar* la revolución como solución feliz de los conflictos existentes (la ilusión hegeliano-izquierdista y marxista; la menos compartida por la intelectualidad burguesa, pero la más rica y, después de todo, la menos ilusoria); segundo, la visión coherente del universo y aun sencillamente de la materia; y tercero, el sentimiento eufórico y lineal del desarrollo de las fuerzas productivas. Si llegamos a dominar el primer punto, habremos resuelto el tercero; más adelante sabremos hacer del segundo nuestro asunto y nuestro juego. No hay que

curar los síntomas, sino la enfermedad misma. Hoy en día el miedo está en todas partes, y no vamos a salir de él más que confiándonos a nuestras propias fuerzas, a nuestra capacidad de destruir toda alienación existente y toda imagen del poder que se nos haya escapado, sometiéndolo *todo, excepto a nosotros mismos*, al único poder de los consejos de trabajadores que posean y reconstruyan a cada instante la totalidad del mundo; es decir, a la racionalidad verdadera, a una nueva legitimidad.

En materia de medio ambiente «natural» y construido, de natalidad, de biología, de producción, de «locura», etc., no habrá que elegir entre la fiesta y la desgracia sino, conscientemente y a cada paso, entre mil posibilidades felices o desastrosas, pero relativamente corregibles, y, por otro lado, la nada. Las *terribles* decisiones del próximo futuro sólo dejan esta alternativa: o la democracia total o la burocracia total. Quienes tengan dudas acerca de la democracia total deben hacer el esfuerzo de convencerse por sí mismos, *dándole ocasión de que los convenza con los hechos*; de lo contrario, sólo les queda comprarse la tumba que más les agrade, pues «lo que

es la autoridad, la hemos visto en acción, y sus obras la condenan» (Joseph Déjacque).

«Revolución o muerte»: esa consigna ya no es la expresión lírica de la conciencia rebelde, sino *la última palabra del pensamiento científico* de nuestro siglo. Y eso vale tanto para los peligros que corre la especie como para la imposibilidad de adhesión para los individuos. El suicidio, que en esta sociedad progresa como es sabido, había descendido en Francia a casi nada durante el mes de mayo de 1968, según admitieron, con cierto pesar, los especialistas. Aquella primavera consiguió también un cielo limpio y hermoso, sin haberse lanzado precisamente a su asalto, porque se habían quemado algunos automóviles y a los otros les faltaba combustible para contaminar. Cuando llueva, cuando haya falsas nubes sobre París, no olviden nunca que es culpa del gobierno. La producción industrial alienada trae la lluvia. La revolución trae el buen tiempo.

ÍNDICE

<i>Nota introductoria</i>	7
La decadencia y caída de la economía espectacular-mercantil	9
El punto de explosión de la ideología en China	41
El planeta enfermo.	73